

Mi mayor pecado fue creer que serías eterno

Desde pequeña recuerdo aquellos ojos escondidos bajo esas grandes gafas que ocupaban casi la mitad de tu rostro, mirándome fijamente mientras me decías lo guapa y hermosa que me veías.

Siempre he sido una chica un tanto desagradable y no demasiado cariñosa, pero contigo todo era diferente, era imposible no besar cada mañana aquella calvita mientras me decías buenos días pequeña con una sonrisa de oreja a oreja.

Siempre tenías algún apodo para cada persona, siempre sabías hacer reír a las personas siendo tú mismo, sin necesidad de máscaras, siempre conseguías hacer felices a todos los que estábamos a tu alrededor.

No tuviste una infancia fácil, no te dieron nada hecho, pero siempre conseguías salir adelante. Tras la muerte de tu madre tuviste que ponerte a trabajar duramente, hasta que al fin tuviste dinero para conseguir montar esa empresa que tantos quebraderos de cabeza te dio.

Conseguiste enamorar a esa mujer tan maravillosa que has tenido al lado nada más y nada menos que sesenta y un años, en los cuáles habéis formado una familia mientras tú sacabas adelante aquello que tanto te había costado construir.

Siempre te recordaré como una persona altruista, que antepone la felicidad de su alrededor a la suya.

No recuerdo estar mal y no tenerte a mi lado apoyándome y diciéndome las cosas. Cuando las cosas salían bien eras el primero en celebrarlo, pero cuando algo hacía mal estabas a mi lado levantándome de cada caída y diciéndome que no me preocupase, que no va a ser la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que caiga, que la vida está basada en cometer errores para aprender. Siempre estabas conmigo. No me has fallado nunca.

De pequeña todo era genial. Llegaba Navidad y podía sentarme en una mesa enorme rodeada de familia en la que por suerte, tú estabas ahí. Podía cogerte de la mano e ir juntos al parque, podías chantajearme con caramelos para hacer lo que tú querías (venga, si vamos al bar y me tomo mi café, después escoges todos los caramelos que quieras... pero no le digas nada a mamá eh), aquellos secretitos que te guardaba cuando te fumabas más cigarros de los que deberías y no querías que ella se enterase, aquellas charlas interminables de tu infancia y de tu adolescencia (siempre que me las contabas se te ponían los ojos vidriosos y una sonrisa que deslumbraba en tu rostro), aquellas siestas en las que yo no te dejaba dormir porque lo único que quería era estar contigo y disfrutar bien despierta de ese momento en el que sacabas a relucir tu gran reportaje de los peores chistes que se han inventado jamás, aquellas comidas en las que cuando todos íbamos por el primer plato tú ya estabas pidiendo el famoso "mafeito" (café).

Fueron pasando los años, nosotros estábamos juntos aunque en dos ciudades diferentes y con más de novecientos kilómetros de distancia. Es cierto que estábamos muy lejos y me hubiera encantado poder tenerte mucho más cerca, pero dicha distancia nunca impidió que no estuvieras a mi lado tanto en los buenos momentos como en los más difíciles, no sé cómo pero siempre conseguías la manera de apoyarme, fuese como fuese y estuvieses donde estuvieses.

Todo iba bien hasta que tu cuerpo se fue debilitando poco a poco, sufriste unos episodios terribles para tu corazón, decidimos ir al médico para solucionarlo y que solo se quedara en un susto. Pero sin embargo, te diagnosticaron una enfermedad horrible, tenías un tumor en el hígado, y los médicos debido a tu tardía edad y a tus circunstancias nos recomendaron no meterte en un quirófano, ya que era una operación complicada y tú estabas muy delicado.

Todos sufrimos mucho, porque no queríamos ver como tu esencia iba desapareciendo poco a poco y delante de nuestros ojos, sentíamos tanta impotencia... pero no podíamos hacer nada, el único que podía luchar esa batalla eras tú.

Sé que lo intentaste con todas tus fuerzas, pero primero empezaste a usar un andador, a la semana siguiente teníamos que llevarte en silla de ruedas y al cabo de un mes ya no podías ni articular palabra. Fuiste un gran y fuerte luchador, pero el cáncer ganó la guerra.

Al mes, yo estaba sentada en el sofá a eso de las siete de la tarde y recibí una llamada en la que me notificaron que la persona que más quería había fallecido, que tu cuerpo se había cansado de luchar, con mucha tristeza y mientras me caían gigantes lágrimas de mis ojos, colgué el teléfono recordando tu rostro. Me quedé en silencio, no podía creer que te habías ido, que ya no volvería a verte más, que no volvería a escuchar tu voz nunca más, me negué a decirte adiós.

Esa noche no pude dormir pensando en que ya no estabas más, que no podría ni siquiera despedirme de ti. Al día siguiente emprendí un largo y duro viaje para verte, sin vida, por última vez.

Intento olvidarlo, fue muy desagradable ir al sitio dónde siempre iba con tanta ilusión, sabiendo que ya no estarías allí esperándome con los brazos abiertos.

Cuando por fin llegué, entré para despedirme, y allí estaba ella, el amor de tu vida, llorando y gritando que por qué, que por qué te has tenido que ir, que por qué lo ha tenido que ver, que por qué tiene que vivir sin ti... me abrazó tan fuerte que todavía al recordarlo siento sus lágrimas caer sobre mi espalda.

Me armé de valentía y te miré, te miré indefinidas veces, pero no te veía, no veía a esa persona feliz y sonriente, solo veía a una persona sin vida metida en tu cuerpo.

Tras ese día, me di cuenta que no existías mas que en mis recuerdos.

Fue un duro y largo viaje en el que tuve que vivir situaciones muy duras, viéndote realmente débil. Recuerdo tus lamentos, lamentabas no poder valerte

por ti mismo, lamentabas tener que “dar guerra” a los que más querías, lamentabas no ser tú mismo.

Recuerdo una vez en la que yo estaba llorando en la cama por ver que te estabas yendo, te sentaste a mi lado, me apretaste muy fuerte la mano mientras me decías que no te quedaba mucho tiempo y querías disfrutarlo conmigo riéndonos y pasándolo bien. ¡Fue tan duro ver cómo te ibas!

Te recuerdo abuelo, siempre serás mi héroe.

Fdo.: Endless